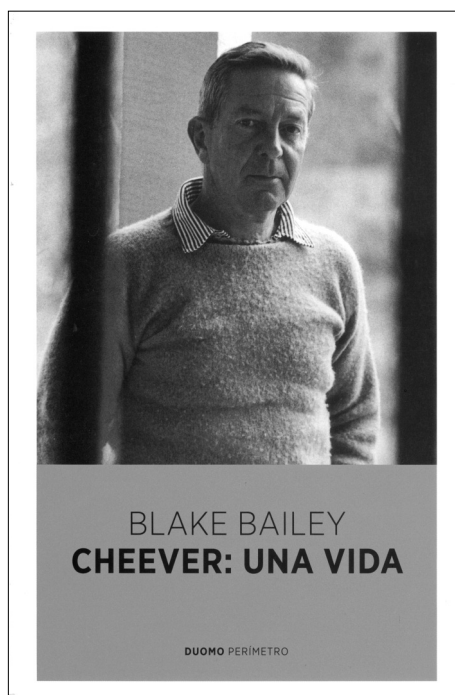


Cheever, condenado invencible

Edgar Esquivel

“Me llamo John Cheever y usted se ha vuelto loco”. A mediados de la década de 1970 farfulló estas palabras a un policía el delirante y excepcional autor de *Falconer* y *La geometría del amor*, quien se encontraba sentado en una banca de la avenida Commonwealth, en Boston, bebiendo junto a un vagabundo. Deambulaba por la ciudad (donde impartía una cátedra universitaria) completamente ausente y arrobado por el alcohol, las depresiones y un pasado lacerante.

Tres décadas después de su muerte, ocurrida el 18 de junio de 1982, John Cheever se mantiene impasible ante la futilidad de la fama literaria haciendo apología de sus secretos y sus desencuentros con la realidad. Y es que no todas las vueltas de tuerca son iguales: Cheever no se perdió, sólo ha ponderado su presencia y obra ante las exequias del tiempo. Quizás es algo semejante a lo que se narra en “Oh ciudad de sueños rotos”, donde el pasmoso Evarts Malloy —un improvisado y gris dramaturgo— y su familia deciden, después de una inaugural y breve estancia, abandonar la ciudad de Nueva York por motivos parecidos a los que huyen de la incompreensión y el fracaso. Debut y despedida: por vez primera conocían una urbe semejante, no había mejor sitio para que Evarts se revelara al mundo como creador de excepción; habían dejado su tierra (Wentworth, Indiana) para exhibir su talento y obtener la justa recompensa: fama y fortuna. Todo iba bien para acabar mal. La presurosa salida de la familia Malloy de la gran ciudad es un regreso con sólo dos estaciones posibles: tornar a casa o continuar el viaje hacia otras latitudes, donde no existe un pasado que les condene; la impasible búsqueda del reconocimiento sin tregua. El final de la breve y anodina estadía de los Malloy en Nueva York, donde la



suerte es ausencia definitiva, emplaza al lector a no dar crédito, pese a la sugerencia contraria, al desenlace elemental de un trajinar que se antoja absurdo e inevitable: lo que puede ser un viaje ideal termina por incitar lo contrario, un *lado B* de las cosas, amargo y frustrante, propio también.

“... diré que no poseemos más conciencia que la literatura; que su función como conciencia es informarnos de nuestra incapacidad de aprehender el horrendo peligro de la fuerza nuclear. La literatura ha sido la salvación de los condenados; la literatura, la literatura ha inspirado y guiado a los amantes, vencido la desesperación, y tal vez en este caso puede salvar el mundo”. Apremiante convicción que le confortó y guió aun en los momentos más terribles de la duda, la frivolidad y los excesos; en el hecho de llevar consigo la ambivalencia de la farsa; de tener “muchos esqueletos en el armario”, un infierno privado en el que la debilidad por la bebida y los ocultos apetitos carnales le condenaban y redimían.

En la biografía escrita en 2009 por Blake Bailey (*Cheever: una vida*, monumental testimonio editado en español por ediciones Duomo en 2010), no se hace el rescate de

un autor que refrescó la literatura en la época posterior a la Segunda Guerra (no lo necesita), sino que ilumina con profusión el batallar cotidiano de encontrarse: escritor de la clase media que afirmaba su época trascendiéndola a empujones de pose y lances de celebridad que socavaban esa intimidad que auspiciaban al creador puro y su derrotero: el temor a ser comprendido. Por años Cheever lindó un abismo y supo delinear un paisaje personalísimo, en el que supo poseer con discreta diligencia sus placeres. Estuvo a la altura de sus afirmaciones, de sus miedos y melancolía: la apariencia de felicidad plena era el mejor escape, de la misma forma que —aventuro por intuición— la academia le ha relegado por desdén o falta de entendimiento (el propio Bailey lo afirmó en una entrevista para el diario *El Clarín*) le ha conferido una reputación distinta, no de aula —filistea—, sino *cocteauniana*: “La literatura es una forma de la memoria que no recordamos”.

“Para mí, una página de buena prosa es aquella en la que puedes oír la lluvia, una página de buena prosa es aquella en la que oyes el sonido de la batalla... Para mí, una página de buena prosa es el diálogo más serio que pueden mantener los hombres y las mujeres inteligentes de hoy en día en sus intentos por cerciorarse de que los juegos del planeta arden de manera apacible”. Quiso John Cheever escapar de su soledad mediante la escritura y en esa intencionalidad, ha referido su hijo Benjamin, desarticuló el aislamiento de otros: aprehender el mundo en su exacta perplejidad y dureza aterciopelada mediante un puñado de relatos excepcionales. La actualidad literaria podrá ignorarlo o decir que no lo logró, pero con él constancia queda que “una página de buena prosa siempre será invencible”. **U**